



Gervaise estuvo esperando a Lantier hasta las dos de la madrugada. Luego, tiritando por haberse quedado en camisola con el fresco que entraba por la ventana, se amodorró, tirada al bies en la cama, febril, con las mejillas mojadas de lágrimas. Desde hacía ocho días, al salir de Le Veau-à-Deux-Têtes,¹ donde comían, Lantier la mandaba para casa con los niños para que se acostara, y no volvía a aparecer hasta altas horas de la noche, contando que había estado buscando trabajo. Aquella noche, mientras acechaba su regreso, a Gervaise le pareció verlo en el baile de Le Grand-Balcon, cuyas diez ventanas llameantes cubrían con el resplandor de un incendio la corriente oscura de los bulevares exteriores; tras él, divisó a Adèle, una bruñidora muy joven que cenaba en el mismo restaurante que ellos, caminando cinco o seis pasos por detrás, con las manos colgando, como si acabara de soltar el brazo de Lantier para no pasar juntos a la luz cruda de las esferas de la puerta.

Cuando Gervaise se despertó, sobre las cinco, agarrotada y con la espalda dolorida, rompió a llorar. Lantier no había vuelto a casa. Por primera vez, pasaba la noche fuera. Se quedó sentada al borde de la cama, debajo de la tela persiana desgarrada que caía del pabellón sujeto al techo con un cordel. Y, despaciosamente, con los ojos

¹ El Becerro de Dos Cabezas. (*N. de la T., como todas las demás*).

empaños de lágrimas pasaba revista al miserable cuarto de alquiler, amueblado con una cómoda de nogal a la que le faltaba un cajón, tres sillas de paja y una mesita pingosa, con un aguamanil desportillado que se había quedado ahí encima. Habían añadido, para los niños, una cama de hierro que estorbaba la cómoda y ocupaba dos tercios del cuarto. El baúl de Gervaise y de Lantier, abierto de par en par en una esquina, mostraba el interior vacío, con un viejo sombrero de hombre al fondo del todo, debajo de un montón de camisas y calcetines sucios; mientras que, a lo largo de las paredes y en el respaldo de los muebles, colgaban un chal agujereado, un pantalón comido de barro, los últimos harapos que no quieren los ropavejeros. Encima de la chimenea, en el centro, entre dos candeleros de cinc desaparejados, había un fajo de papeletas del monte de piedad, de color rosa pálido. Era la habitación buena del hotel, la habitación del primer piso, la que daba al bulevar.

Entre tanto, los dos niños dormían, apoyados en la misma almohada. Claude, que tenía ocho años, con las manitas sacadas fuera de la manta, respiraba con aliento tranquilo, mientras que Étienne, de tan solo cuatro años, sonreía con un brazo en torno al cuello de su hermano. Cuando su madre fijó en ellos los ojos anegados, tuvo un nuevo ataque de llanto y se tapó la boca con un pañuelo para ahogar los grititos que se le escapaban. Y, descalza, sin acordarse de ponerse las zapatillas viejas que se le habían caído, volvió a acodarse en la ventana, reanudó la espera nocturna, consultando las aceras a lo lejos.

El hotel estaba en el bulevar de La Chapelle, a la izquierda del fielato de Poissonnière. Era un caserón de dos plantas, pintado de granate hasta la segunda, con persianas podridas por la lluvia. Encima de un farol con los cristales resquebrajados, aún se podía leer, entre las dos ventanas: «HOTEL BONCŒUR, REGENTADO POR MARSOULLIER», en letras grandes y amarillas en las que el yeso podrido había dejado desconchones. Gervaise, a quien estorbaba el farol, se ponía de puntillas. Miraba hacia la derecha, del lado del bulevar de Rochechouart,

donde había grupos de matarifes, delante de los mataderos, con delantales ensangrentados; el viento fresco traía a ratos cierta pestilencia, un olor acre a animales degollados. Gervaise miraba hacia la izquierda, siguiendo un largo tramo de la avenida y deteniéndose, casi en frente, en la mole blanca del hospital de Lariboisière, que a la sazón aún estaba en obras. Poco a poco, de una punta a otra del horizonte, recorría el muro,² detrás del cual, algunas noches, oía gritar a los asesinados; entonces rebuscaba en los rincones apartados, las esquinas oscuras, negras de humedad y de mugre, con el temor de descubrir allí el cuerpo de Lantier, con el vientre cosido a navajazos. Cuando alzaba la vista, por encima de esa muralla gris e interminable que rodeaba la ciudad con una faja desierta, divisaba un gran resplandor, una polvareda de sol, repleta ya del bramido matutino de París. Pero siempre volvía al fielato de Poissonnière, con el cuello estirado, aturdida a fuerza de ver cómo transcurría, entre los dos pabellones achaparrados del fielato, la riada ininterrumpida de hombres, animales y carretas que bajaba desde lo alto de Montmartre y de La Chapelle. Se juntaba allí el pisar de un rebaño, un gentío que con cada parón se derramaba por la calzada, un desfile interminable de obreros camino del trabajo, con las herramientas a la espalda y el pan bajo el brazo; la muchedumbre se arrojaba dentro de París para ahogarse allí de continuo. Cuando a Gervaise le parecía reconocer a Lantier entre toda esa gente, se inclinaba aún más, a riesgo de caerse; luego se apretaba más fuerte el pañuelo contra la boca, como para reafirmar su dolor.

Una voz joven y alegre la apartó de la ventana.

—¿No está aquí el pariente, señora Lantier?

² Se refiere al *mur de l'octroi* o *mur des Fermiers Généraux* que se construyó en torno a París entre 1784 y 1790, y cuya finalidad no era defensiva, sino fiscal: los impuestos que gravaban las mercancías que entraban en la ciudad se recaudaban en los puestos aduaneros o fielatos, conocidos como *barrières*. La novela concluye en 1870, coincidiendo con las obras de ensanche de París que emprendió Haussmann tras la demolición de este muro en 1860.

—Pues no, señor Coupeau —contestó ella procurando sonreír. Era un oficial de cinquero que ocupaba un cuartito de diez francos en el piso más alto del hotel. Llevaba la bolsa al hombro. Al ver la llave puesta en la cerradura, había entrado en calidad de amigo.

—¿Sabe?, ahora trabajo ahí, en el hospital... Menudo mes de mayo, ¿eh? Vaya mañana fresquita.

Y miraba a Gervaise a la cara, encarnada por las lágrimas. Cuando vio que la cama no estaba deshecha, meneó la cabeza; luego se acercó a la camita de los niños, que seguían durmiendo con sus caritas sonrosadas de querubín.

—¡Vamos! —dijo bajando la voz—. El pariente no se porta como debería, ¿verdad? No se disguste, señora Lantier. Está muy metido en política; el otro día, cuando votamos por Eugène Sue,³ uno de los buenos, según parece, se puso como loco. Bien puede ser que haya pasado la noche con unos amigos, despotricando contra ese crápula de Bonaparte.

—No, qué va —susurró ella trabajosamente—, no es lo que usted se piensa. Sé dónde está Lantier... ¡Tenemos nuestras penas, como todo el mundo, por Dios!

Coupeau entornó los ojos para mostrar que no se tragaba tal embuste. Se marchó después de ofrecerse a ir a recogerle la leche, si es que ella no quería salir; era una mujer guapa y honrada, y podía contar con él si algún día lo necesitaba. En cuanto se alejó, Gervaise volvió a la ventana.

En el fielato, seguían las pisadas de rebaño en el frío matutino. Se distinguía a los cerrajeros por el blusoncillo azul, a los albañiles por los pantalones blancos con tirantes, a los pintores por el paletó bajo el que asomaban los faldones del blusón. De lejos, ese gentío tenía un aspecto difuminado y yesoso, un tono neutro donde predominaban el azul desvaído y el gris sucio. A ratos, un obrero se

³ Este dato sitúa la acción en 1850 (el novelista Eugène Sue fue elegido diputado por París el 28 de abril de ese año).

paraba en seco, volvía a encender la pipa, mientras en derredor los demás seguían caminando, sin soltar una risa, sin dirigir una palabra a un compañero, con las mejillas pálidas, el rostro vuelto hacia París, que, uno a uno, los iba devorando por el hueco de la calle de Le Faubourg-Poissonnière. Sin embargo, en ambas esquinas de la calle de Les Poissonniers, delante de la puerta de dos bodegueros que retiraban los postigos, los hombres aflojaban el paso; antes de entrar, se quedaban al borde de la acera, lanzando miradas de soslayo hacia París, de brazos caídos, rendidos ya a remolonear toda la jornada. Delante de ambos mostradores, los grupos se convidaban a rondas, se demoraban ahí, de pie, abarrotando los locales, escupiendo, tosiendo y aclarándose la garganta a golpe de copichuelas.

Por el lado izquierdo de la calle, Gervaise estaba acechando el local del tío Colombe, donde le parecía haber visto a Lantier, cuando una mujer gruesa, sin sombrero y con delantal, la llamó a voces en mitad de la acera.

—¡Vaya, señora Lantier, qué madrugadora la veo!

Gervaise se inclinó.

—¡Anda, es usted, señora Boche!... ¡Huy, es que hoy tengo muchísimo que hacer!

—Qué me va a contar. Las cosas no se hacen solas.

Entablaron conversación de la ventana a la acera. La señora Boche era portera en la casa cuya planta baja ocupaba Le Veau-à-Deux-Têtes. En varias ocasiones, Gervaise había esperado a Lantier en su portería, para no sentarse sola a la mesa con todos los hombres comiendo al lado. La portera le contó que iba allí cerca, a la calle de La Charbonnière, para sacar de la cama a un empleado del que su marido no lograba que le arreglara una levita. Después le habló de uno de sus inquilinos, que la víspera había vuelto a casa con una mujer y no había dejado dormir a nadie hasta las tres de la madrugada. Pero, sin dejar de charlar, miraba descaradamente a la joven, con cara de extrema curiosidad; incluso se diría que solo había ido allí a plantarse debajo de la ventana, para enterarse de algo.

—¿Así que el señor Lantier aún está en la cama? —preguntó de sopetón.

—Sí, está durmiendo —respondió Gervaise, que no pudo evitar ruborizarse.

La señora Boche vio las lágrimas que le afloraban a los ojos; sin duda satisfecha, ya se estaba alejando mientras tachaba a los hombres de condenados gandules cuando se dio media vuelta para gritar:

—Esta mañana va usted al lavadero, ¿verdad?... Tengo ropa que lavar, le guardaré sitio a mi lado y así charlamos. —Y, como si de pronto se apiadara, añadió—: Hijita, no debería quedarse ahí, se va a poner mala... Está usted morada.

Gervaise se empeñó en quedarse en la ventana otras dos horas mortales, hasta que dieron las ocho. Las tiendas estaban abiertas. La riada de blusones que bajaba desde lo alto había parado; solo unos pocos rezagados cruzaban el muro dando zancadas. En las bodegas, los mismos hombres, de pie, seguían bebiendo, tosiendo y escupiendo. Tras los obreros les había llegado el turno a las obreras, las bruñidoras, las modistillas, las floristas, que se arrebuñaban en sus delgadas prendas y bordeaban con paso ligero los bulevares exteriores; iban en bandadas de tres o cuatro, charlando animadamente, soltando risitas y lanzando miradas relucientes en derredor; de tanto en tanto, una, esta vez sola, flaca, con cara pálida y seria, iba pegada a la pared, esquivando los raudales de basura. A continuación pasaron los oficinistas, soplándose en los dedos y comiéndose un pan de cinco céntimos sin dejar de andar; jóvenes trasijados, con la ropa muy corta, ojerosos y aturridos de sueño; viejecitos con trote corto y el rostro demacrado de tantas horas de oficina, mirando el reloj de bolsillo para ajustar el paso al segundo. Hasta que en los bulevares se instaló la paz matutina; los rentistas del vecindario paseaban al sol; las madres, de trapillo, con la falda sucia, mecían en brazos a niños de mantillas a los que cambiaban en los bancos; una chiquillería berreona con velas en la nariz, que se empujaba y andaba a rastras por el suelo entre gorjeos, risas y llantos. Gervaise sintió

entonces que se ahogaba, que se mareaba de angustia, agotada la esperanza; le parecía que todo había acabado, que los tiempos se habían terminado, que Lantier nunca volvería a casa. Con ojos extraviados, miraba desde los vetustos mataderos negros por los degüellos y la pestilencia, hasta el hospital nuevo, pálido, que mostraba a través de los vanos aún abiertos de las ventanas alineadas salas desnudas donde la muerte iría a segar. En frente de ella, detrás del muro, la deslumbraba el cielo resplandeciente, el amanecer que iba creciendo por encima del inmenso despertar de París.

La joven estaba sentada en una silla, con las manos inertes, sin llorar ya, cuando Lantier entró tan tranquilo.

—¡Eres tú! ¡Eres tú! —gritó Gervaise tratando de colgarse del cuello.

—Sí, soy yo. ¿Y qué? —contestó él—. ¡No me vengas otra vez con tus tontunas, mujer!

La apartó. Luego, con ademán malhumorado, lanzó el sombrero de fieltro encima de la cómoda. Era un mozo de veintiséis años, bajito, muy moreno, de rostro agraciado, con unos bigotes finitos que solía retorcerse moviendo mecánicamente la mano. Vestía pantalón de obrero con tirantes y una levita vieja con lamparones, que llevaba entallada; al hablar tenía un acento provenzal muy marcado.

Gervaise, desplomada de nuevo en la silla, se lamentaba bajito, con frases cortas.

—No he podido pegar ojo... Creía que te había pasado algo... ¿Adónde has ido?... ¿Dónde has pasado la noche?... ¡Dios mío, no lo hagas más, me volvería loca!... Dime, Auguste, ¿adónde has ido?

—¡Donde tenía que hacer, carape! —dijo él encogiéndose de hombros—. A las ocho estaba en La Glacière, en casa de ese amigo que va a montar una fábrica de sombreros. Se me hizo tarde. Así que preferí quedarme a dormir... Y que sepas que no me gusta que me figoneen. ¡Déjame en paz!

La joven rompió a llorar de nuevo. Las voces y los movimientos desabridos de Lantier, que volcaba las sillas, acababan de despertar

a los niños. Se incorporaron y se quedaron sentados en el lecho, medio desnudos y desenredándose el pelo con las manitas; pero, al oír llorar a su madre, se pusieron a soltar alaridos terribles, llorando también ellos, aunque apenas habían abierto los ojos.

—¡Pero qué música es esta! —exclamó Lantier, furioso—. Os advierto que vuelvo a coger la puerta... y esta vez no vuelvo. ¿Que no queréis callaros? ¡Pues buenas noches! Me vuelvo por donde he venido.

Ya había cogido el sombrero de la cómoda. Pero Gervaise se abalanzó, balbuciendo:

—¡No, no!

Y ahogó las lágrimas de los chiquillos con caricias. Les daba besos en el pelo, los volvía a acostar con palabras tiernas. Los chiquillos, tranquilizados de golpe, riéndose en la almohada, empezaron a jugar a pellizcarse. Entre tanto, el padre, sin ni siquiera quitarse las botas, se había tirado en la cama, con pinta de estar agotado y la mala cara de haber pasado la noche en blanco. No se durmió, sino que se quedó con los ojos como platos, pasando revista al cuarto.

—¡Esto está hecho un asco! —murmuró.

Tras mirar un momento a Gervaise, añadió con maldad:

—Y tú, ¿ya no te lavas?

Gervaise solo tenía veintidós años. Era alta, tirando a delgada, con rasgos delicados que ya acusaban la dureza de la vida. Despeinada, en zapatillas y tiritando con el camisón blanco en el que los muebles habían dejado rastros de polvo y de grasa, parecía diez años más vieja por culpa de las horas de angustia y de llanto que acababa de pasar. El comentario de Lantier la sacó de su actitud temerosa y resignada.

—No estás siendo justo —dijo recobrando los ánimos—. De sobra sabes que hago todo lo que puedo. No es culpa mía si hemos acabado aquí... Me gustaría verte a ti, con los dos niños, en una habitación donde ni siquiera hay un anafe para tener agua caliente... Lo suyo habría sido, en llegando a París, establecernos enseguida, como prometiste, en lugar de comerte el dinero.

—¡Oye, —gritó él—, que tú te has zampado el talego conmigo! ¡Ahora no me vengas con que quieres que te quiten lo bailado!

Pero ella, como si no lo oyera, siguió diciendo:

—En fin, echándole valor, todavía podemos tirar para adelante... Anoche estuve con la señora Fauconnier, la lavandera de la calle Neuve; me va a tomar a su servicio el lunes. Si tú te juntas con tu amigo de La Glacière, dentro de menos de seis meses volveremos a estar a flote, lo que tardemos en conseguir ropa y alquilar un hueco en algún sitio, que sea nuestra propia casa... ¡Huy, habrá que trabajar mucho, pero mucho!

Lantier se dio la vuelta hacia la pared, con cara de aburrimiento. Entonces Gervaise se indignó.

—Sí, así es, ya sabemos que trabajar no es lo tuyo. Revientas de ambición, te gustaría vestir como un señor y pasear a pelanduscas con falda de seda. ¿A que sí? Ya no te gusto tanto, desde que me obligaste a empeñar todos los vestidos... ¡Pues fíjate! Auguste, no quería decirte nada, estaba dispuesta a esperar, pero sé dónde has pasado la noche; te vi entrar en Le Grand-Balcon con esa golfa de Adèle. ¡Ah, pero qué bien las eliges! ¡Esa sí que está limpia! Con razón se las da de princesa... Se ha acostado con todo el restaurante.

Lantier se tiró de la cama de un brinco. Los ojos se le habían vuelto negros como la tinta en el rostro lívido. En aquel hombrecillo, la ira estallaba como una tempestad.

—¡Que sí, que sí, con todo el restaurante! —repitió la joven—. La señora Boche las va a poner en la calle a ella y a la larguirucha de su hermana, porque siempre tienen hombres haciendo cola en la escalera.

Lantier alzó los dos puños; resistiéndose a la necesidad de pegarle, le agarró los brazos, la zarandeó hasta que se cayó en la cama de los niños, que empezaron a gritar otra vez. Entonces volvió a acostarse, tartamudeando, con la expresión hosca de quien ha tomado una resolución sobre la que aún tenía dudas.

—No sabes lo que acabas de hacer, Gervaise... Te vas a arrepentir, ya lo verás.

Los niños estuvieron llorando un rato. Su madre, que se había quedado encogida al borde de la cama, los estrechaba a ambos en el mismo abrazo y repetía la misma frase, veinte veces, con voz monótona:

—¡Ay, si no fuera por vosotros, pobrecitos míos!... ¡Si no fuera por vosotros!... ¡Si no fuera por vosotros!...

Tumbado tan tranquilo, con los ojos vueltos hacia arriba, fijos en el jirón de una cretona desteñida, Lantier había dejado de escuchar y se hundía en una idea fija. Así se quedó cerca de una hora, sin ceder al sueño, a pesar del cansancio que le lastraba los párpados. Cuando se dio la vuelta, apoyado en el codo, con expresión dura y resuelta, Gervaise estaba terminando de recoger el cuarto. Hacía la cama de los niños, a los que acababa de levantar y vestir. Lantier miró como pasaba la escoba y limpiaba los muebles; la habitación seguía igual de negra y desastrada, con el techo ahumado, el papel que se desprendía por la humedad, las tres sillas y la cómoda paticojas, donde la mugre se empecinaba y se extendía al pasarle el trapo. Y, mientras Gervaise se lavaba abundantemente, después de haberse recogido el pelo, delante del espejito redondo que colgaba de la falleba y él usaba para afeitarse, pareció que le examinaba los brazos desnudos, el cuello desnudo, todas las partes que ella había dejado al desnudo, como si estuviera haciendo comparaciones mentalmente. E hizo una mueca con la boca. Gervaise cojeaba de la pierna derecha; pero no se le notaba más que los días en que estaba cansada, cuando se descuidaba, con las caderas molidas. Esa mañana, rendida por la noche que había pasado, iba renqueando y apoyándose en las paredes.

Reinaba el silencio, no habían cruzado ni una palabra. Él parecía estar esperando. Ella se afanaba, rumiando su dolor y procurando poner cara de indiferencia. Al ver que Gervaise estaba haciendo

un hato con la ropa sucia que había tirada en un rincón, detrás del baúl, por fin despegó los labios y preguntó:

—¿Qué estás haciendo?... ¿Adónde vas?

De entrada, ella no contestó. Pero cuando le repitió la pregunta, cedió, rabiosa.

—Pues ya lo estás viendo... Voy a lavar todo esto... Los niños no pueden vivir rodeados de porquería.

Lantier la dejó recoger dos o tres pañuelos. Al cabo de otro silencio, añadió:

—¿Tienes dinero?

Ella se incorporó de golpe, lo miró a la cara y, sin soltar las camisas sucias de los niños que tenía en la mano, dijo:

—¡Dinero! ¿Dónde quieres que lo robe?... Sabes de sobra que antes de ayer me dieron tres francos por la falda negra. De ahí salieron dos comidas, al ritmo que llevamos con los embutidos... No, pues claro que no tengo. Tengo veinte céntimos para el lavadero... Yo no gano el dinero como ciertas mujeres.

Lantier pasó por alto la indirecta. Se había bajado de la cama y estaba pasando revista a los harapos que había colgados por el cuarto. Acabó recogiendo el pantalón y el chal, abrió la cómoda, añadió al lío una camisola y dos camisas de mujer, y lo tiró todo en brazos de Gervaise, diciéndole:

—Toma, lleva todo esto a empeñar.

—¿No quieres que lleve también a los niños? —preguntó ella—. ¡Mira que si empeñamos también a los niños nos quitamos un problema de encima!

Así y todo, fue al monte de piedad. Cuando volvió, al cabo de media hora, dejó una moneda de cinco francos encima de la chimenea, juntando la papeleta con las demás, entre los dos candeleros.

—Aquí está lo que me han dado —dijo—. Yo quería seis francos, pero no hubo forma. ¡No van a arruinarse, no!... ¡Y qué cantidad de gente hay siempre ahí metida!

Lantier no cogió enseguida la moneda de cinco francos. Hubiese preferido que Gervaise trajese calderilla, para dejarle algo. Pero se resolvió a metérsela en el bolsillo del chaleco cuando vio, encima de la cómoda, un resto de jamón en un papel, con un pedazo de pan.

—No me he atrevido a ir donde la lechera, pues le debemos ocho días —explicó Gervaise—. Pero volveré a casa temprano; mientras estoy fuera, ve por pan y unas chuletas empanadas, y almorzaremos... Trae también una botella de vino.

Él no se negó. Parecía que las cosas se calmaban. La joven estaba rematando el hato de ropa sucia. Pero cuando hizo ademán de recoger las camisas y los calcetines de Lantier del fondo del baúl, él le gritó que dejase eso.

—Deja mi ropa, ¿me oyes? ¡No quiero!

—¿Qué es lo que no quieres? —preguntó ella incorporándose—. ¿No estarás pensando en volver a ponerte estos pingos? Habrá que lavarlos.

Y lo escudriñaba, preocupada, hallando en su cara de muchacho agraciado la misma dureza, como si en adelante no fuera a ceder en nada. Él se enfadó y le arrebató de las manos la ropa sucia, que arrojó de nuevo en el baúl.

—¡Que obedezcas de una vez, rediós! ¡Te estoy diciendo que no quiero!

—Pero ¿por qué? —replicó ella, perdiendo el color e intuyendo algo terrible—. Ahora no necesitas las camisas, no vas a marcharte... ¿Qué más te da que me las lleve?

Él titubeó un momento, incómodo de que ella le clavara esos ojos ardientes.

—¿Por qué, por qué?... —tartamudeó—. ¡Maldita sea, vas a ir contando por ahí que me mantienes, que lavas, que zurces! ¡Pues me fastidia, hala! Tú encárgate de lo tuyo, y yo de lo mío... Para algo están las lavanderas.

Gervaise le suplicó, alegó que nunca se había quejado, pero él cerró el baúl de golpe, se sentó encima y le gritó a la cara: «¡No!».

¡Como si no fuera dueño de lo que le pertenecía! Luego, para escapar de las miradas con las que ella lo perseguía, volvió a tumbarse en la cama, diciendo que tenía sueño y que dejase de darle la lata. Esta vez, en efecto, pareció que se quedaba dormido.

Gervaise se quedó un momento indecisa. Le entraron ganas de apartar el hato con el pie y de sentarse allí a coser. Pero al fin la tranquilizó la respiración regular de Lantier. Cogió la bola de añil y el pedazo de jabón que le quedaban del último lavado; se acercó a los niños, que jugaban tranquilamente con unos tapones viejos delante de la ventana, les dio un beso y les dijo en voz baja:

—Portaos muy bien y no hagáis ruido, que papá está durmiendo.

Cuando salió del cuarto, las risas amortiguadas de Claude y de Étienne era lo único que sonaba en el hondo silencio, bajo aquel techo negro. Eran las diez. El sol entraba por la ventana entornada formando una raya.

En el bulevar, Gervaise giró a mano izquierda por la calle Neuve-de-la-Goutte-d'Or. Al pasar delante de la tienda de la señora Fauconnier, la saludó con un ademán de la cabeza. El lavadero al que iba se encontraba hacia el centro de la calle, en el punto donde la acera empezaba a empinarse. Por encima de un edificio plano, surgía la redondez gris de tres depósitos de agua enormes, unos cilindros de cinc con pernos bien apretados; mientras que detrás se alzaba el tendedero, una segunda planta muy alta, cerrada por todos los lados con persianas de láminas finas, a través de las que circulaba el aire de fuera y que dejaban entrever las prendas de ropa que se secaban tendidas en alambres de latón. A la derecha de los depósitos, la tubería estrecha de la máquina de vapor soltaba, con aliento brusco y regular, bufidos de humo blanco. Gervaise, sin recogerse las faldas, como una mujer acostumbrada a los charcos, se metió por la puerta, empantanada con garrafas de lejía. Ya conocía a la dueña del lavadero, una mujercita endeble, con los ojos enfermos, sentada en un despacho acristalado con los registros delante, y estanterías con pastillas de jabón, bolas de añil y bicarbonato de sodio en paquetes

de libra. Y al pasar le pidió que le devolviera su paleta y su cepillo, que le había dejado para que los guardara la última vez que fue a lavar. Tras esto, después de coger un número, entró.

Era una nave inmensa, de techo plano con vigas vistas apoyado sobre pilares de hierro colado y cerrada mediante amplias ventanas claras. La luz lívida entraba a raudales a través del vapor caliente que flotaba como una niebla lechosa. De algunos rincones subían humos que se estiraban y anegaban los fondos tras un velo azulado. Llovía una humedad pesada, cargada de un olor jabonoso, un olor mustio, matoroso, constante; a ratos, se imponían soplos de lejía más intensos. A lo largo de los golpeaderos que corrían a ambos lados del pasillo central, había filas de mujeres, con los brazos al aire hasta el hombro, el cuello al aire, las faldas arremangadas que dejaban al descubierto medias de color y zapatos gruesos de cordones. Golpeaban con saña, se reían, se inclinaban hasta el fondo de las tinas, deslenguadas, brutales, desgarradas, ensopadas como en un chaparrón, con las carnes enrojecidas y humeantes. En derredor, por debajo de ellas, corrían abundantes regueros, de los cubos de agua caliente que circulaban y se vaciaban de una tirada, de los grifos de agua fría abiertos, chorreando desde lo alto, de las salpicaduras de las paletas, del goteo de la ropa enjuagada y de las charcas en las que chapoteaban, que se escurrían formando arroyuelos por las losas inclinadas. En medio de los gritos, de los golpes rítmicos, del sonido murmurante de lluvia, de ese clamor de tormenta que se ahogaba bajo el techo mojado, la máquina de vapor, a la derecha, blanca por el rocío menudo que la cubría, jadeaba y roncaba sin tregua, con la danza trepidante del volante que parecía regir la amplitud del estrépito.

Entre tanto, Gervaise, con pasitos cortos, avanzaba por el pasillo, mirando a derecha e izquierda. Llevaba el hato de ropa colgado del brazo, con la cadera subida, todavía más coja, entre el ir y venir de las lavanderas que la empujaban.

—¡Eh, niña! ¡Por aquí! —gritó el vozarrón de la señora Boche.

Cuando la joven llegó hasta ella, a la izquierda, al fondo del todo, la portera, que estaba frotando con saña un calcetín, se puso a hablar seguido y sin dejar la tarea:

—Póngase aquí, le he guardado sitio... ¡Huy, yo no voy a tardar mucho! Boche casi no ensucia la ropa... ¿Y usted? Tampoco le llevará mucho, con ese hato tan pequeño. Antes del mediodía nos lo habremos quitado de encima y podremos ir a almorzar... Yo le daba la ropa a una lavandera de la calle de Poulet, pero lo dejaba todo raído, con tanto cloro y tanto cepillo. Así que ahora la lavo yo misma. Eso que salgo ganando. No me cuesta más que el jabón... Oiga, esas camisas las tendría que haber escaldado. ¡Pero qué puercos son los críos! Parece que cagan hollín.

Gervaise deshacía el hato y extendía las camisas de los niños; cuando la señora Boche le aconsejó que cogiera un cubo de lejía para colarlas, le contestó:

—¡Qué va! Basta con el agua caliente... Yo entiendo de esto.

Había separado la ropa y dejado aparte las pocas prendas de color. Acto seguido, tras llenar la tina con cuatro cubos de agua fría del grifo que tenía detrás, sumergió el montón de ropa blanca, y, subiéndose la falda, sujetándola entre los muslos, se metió en una banca que le llegaba hasta el vientre.

—Con que entiende, ¿eh? —repetía la señora Boche—. Usted era lavandera en su tierra, ¿verdad, niña?

Gervaise, con la camisa arremangada, mostrando los hermosos brazos de rubia, aún jóvenes, apenas sonrosados en los codos, estaba empezando a restregar la ropa. Acababa de extender una camisa en la tabla estrecha del golpeadero, que el desgaste del agua había corroído y blanqueado; la frotaba con jabón, le daba la vuelta, la frotaba del otro lado. Antes de contestar, empuñó la paleta y se puso a dar golpes, gritando las frases, acompasándolas con paletazos contundentes y rítmicos.

—Sí, sí, lavandera... Desde los diez años... De eso hace doce años... Íbamos al río... Olía mejor que aquí... Daba gusto verlo, había

un rinconcito, debajo de los árboles... con el agua clara corriendo... En Plassans, ¿sabe?... ¿No conoce Plassans?... ¿Cerca de Marsella?...

—¡Vaya tunda! —exclamó la señora Boche, maravillada con la contundencia de los paletazos—. ¡La muy tunanta, que podría aplanar hierro, con esos brazos de señorita!

Siguió la conversación, a voces. En ocasiones, la portera tenía que inclinarse hacia delante porque no oía. Gervaise golpeó toda la ropa blanca ¡con mano firme! Luego la volvió a sumergir en la tina y sacó de nuevo las prendas una por una para enjabonarlas por segunda vez y darles con el cepillo. Con una mano, sujetaba la prenda en el golpeadero; con la otra, agarrando el breve cepillo de grama, sacaba de la ropa una espuma sucia que formaba largos churretes al caer. Entonces, con el ruidito del cepillo, las dos mujeres se juntaron y charlaron con mayor intimidad.

—No, no estamos casados —prosiguió Gervaise—. Tampoco lo oculto. Lantier no es tan bueno como para que una quiera ser su mujer. Si no fuera por los niños, ¡aire!... Yo tenía catorce años y él dieciocho cuando nació el mayor. El otro llegó a los cuatro años... Pasó como pasa siempre, ya sabe. Yo en casa no era feliz; Macquart, mi padre, me soltaba puntapiés en la espalda por un quítame allá esas pajas. Entonces, ¡qué caramba!, a una se le ocurre ir a divertirse fuera... Nos habríamos casado, pero a saber por qué, nuestros padres no quisieron.

Se sacudió las manos, que se enrojecían bajo la espuma blanca.

—Lo dura que es el agua de París —dijo.

La señora Boche ya solo lavaba remoloneando. Se paraba, alargaba el enjabonado para quedarse ahí, enterándose de esa historia que llevaba quince días picándole la curiosidad. En el rostro orondo, la boca estaba medio abierta; los ojos saltones relucían. Pensaba, con la satisfacción de haber acertado: «Ahí está, esta niña habla demasiado. Ha habido pelea».

Y luego, en voz alta:

—Entonces, ¿no es un buen hombre?

—¡Qué va a ser! —contestó Gervaise—. Allí me trataba muy bien, pero desde que estamos en París no puedo con él... Debo decirle que su madre murió el año pasado y le dejó algo, unos mil se-cientos francos. Él quería venirse a París. Y como padre me seguía soltando bofetones sin venir a cuento, acepté venirme con él; hicimos el viaje con los dos niños. Él me iba a establecer como lavandera y a trabajar en su oficio de sombrerero. Íbamos a ser muy felices... Pero, ya ve, Lantier es un ambicioso, un manirroto, un hombre que solo piensa en divertirse. Que no vale mucho, vaya... Así que nos hospedamos en el hotel Montmartre, en la calle de Montmartre. Y todo eran cenas, carruajes, teatro, un reloj para él, un vestido de seda para mí; porque no tiene mal corazón cuando tiene dinero. Así que entenderá que, con tanto ajeteo, al cabo de dos meses estábamos tiesos. Entonces fue cuando fuimos a vivir al hotel Boncœur y empezó la vida perra...

Se interrumpió, con un nudo repentino en la garganta y conteniendo las lágrimas. Había terminado de cepillar la ropa.

—Tengo que ir a buscar el agua caliente —murmuró.

Pero la señora Boche, muy contrariada de que cesaran así las confidencias, llamó al mozo del lavadero, que pasaba por allí.

—Charles, querido, sea bueno y vaya a buscar un cubo de agua caliente para la señora, que tiene prisa.

El mozo cogió el cubo y lo trajo lleno. Gervaise pagó, eran cinco céntimos por cubo. Vertió el agua caliente en la tina y enjabonó la ropa por última vez, con las manos, doblándose encima del golpeadero, en medio de un vapor que le prendía redes de humo gris en el pelo rubio.

—Tenga, ponga unas sales, mujer, las tengo aquí —dijo la portera, solícita.

Vació en la tina de Gervaise el fondo de una bolsa de bicarbonato de sodio que había llevado. También le ofreció lejía, pero la joven la rechazó; servía para las manchas de grasa y de vino.

—Lo veo un poco mujeriego —retomó la señora Boche refiriéndose a Lantier, sin nombrarlo.

Gervaise, doblada por la cintura y con las manos hundidas y crispadas en la ropa, se limitó a sacudir la cabeza.

—Sí, sí —continuó la otra—, me he fijado en varias cosillas...

Pero se defendió con vehemencia ante la brusca reacción de Gervaise, que se había incorporado, muy pálida y la miraba fijamente.

—¡Huy, pero yo no sé nada!... Le gusta pasárselo bien, eso es todo... Por eso las dos muchachas que viven en nuestra casa, Adèle y Virginie, usted las conoce, pues resulta que bromea con ellas, y la cosa se queda ahí, estoy segura.

La joven, muy tiesa delante de ella, con el rostro cubierto de sudor y los brazos chorreando, seguía mirándola, con una mirada fija y profunda. Entonces la portera se enfadó, se golpeó el pecho con el puño para dar su palabra de honor. Gritaba:

—¡Que no sé nada, mujer, se lo estoy diciendo!

Luego, recuperando la calma, añadió con voz empalagosa, como se le habla a alguien para quien la verdad no vale nada:

—A mí me parece que tiene ojos sinceros... Se casará con usted, niña, ¡se lo prometo!

Gervaise se enjugó la frente con la mano mojada. Sacó del agua otra prenda de ropa, volviendo a menear la cabeza. Estuvieron las dos un rato calladas. En derredor, el lavadero se había tranquilizado. Estaban dando las once. La mitad de las lavanderas, sentadas con una sola pierna al borde de su tina, con una botella de vino abierto a sus pies, comían salchichas en bocadillo. Solo las amas de casa que habían ido a lavar sus reducidos hatos de ropa se apresuraban, mirando el reloj de ojo de buey que había colgado encima del despacho. Aún sonaban algunos paletazos, espaciados, entre las risas más quedas y las conversaciones que se volvían pastosas en el sonido glotón de las mandíbulas; entre tanto, la máquina de vapor, que seguía funcionando sin descansar ni detenerse, parecía alzar la voz, vibrante y roncadora, llenando la inmensa sala. Pero ninguna de esas mujeres la oía; era como la propia respiración del lavadero, un aliento

abrasador que acumulaba bajo las vigas del techo el eterno vaho que flotaba. El calor se volvía insoportable; a la izquierda, el sol entraba por las elevadas ventanas, formando rayas y encendiendo el vapor humeante con capas opalinas, de un gris rosado y un gris azulado muy suaves. Y, como empezaban a elevarse quejas, el mozo Charles iba de una ventana a otra para echar unos toldos de lona gruesa, tras lo cual pasó al otro lado, el de la sombra, y abrió los montantes. Lo vitoreaban y aplaudían; circulaba una corriente de alegría inmensa. Las lavanderas, con la boca llena, ya tan solo gesticulaban empuñando las navajas abiertas. Hasta que incluso las últimas paletas acabaron por callar. Se formaba un silencio tal que se oía regularmente, en el otro extremo, el chirrido de la pala del fogonero, que cogía el carbón del suelo y lo arrojaba al fogón de la máquina.

Mientras, Gervaise lavaba la ropa de color en el agua caliente, grasa de jabón, que no había tirado. Cuando terminó, se acercó a un caballete y arrojó encima todas las prendas que formaban en el suelo charcos azulados. Empezó a aclarar. A su espalda, el grifo de agua fría corría sobre una tina muy amplia, sujeta al suelo con dos barras de madera atravesadas por arriba para colocar la ropa. Por encima, en el aire, pasaban otras dos barras donde la ropa terminaba de escurrirse.

—Bueno, pues ya casi está, y no me quejo —dijo la señora Boche—. Me quedo para ayudarla a retorcer todo esto.

—¡Huy, se lo agradezco mucho, pero no vale la pena! —dijo la joven, que heñía y meneaba las prendas de color en el agua limpia—. Si tuviera sábanas, no le diría que no.

Pero no le quedó más remedio que aceptar la ayuda de la portera. Estaban retorciendo las dos, cada una por un extremo, una falda, una prenda de lana fina, marrón y mal teñida, que soltaba un agua amarillenta, cuando la señora Boche exclamó:

—¡Anda! ¡La espingarda de Virginie!... ¿Qué viene a lavar aquí esa, con sus cuatro harapos en un pañuelo?

Gervaise alzó la cabeza con prontitud. Virginie era una muchacha de su edad, más alta que ella, morena, guapa a pesar del rostro

un poco alargado. Llevaba un viejo vestido negro de volantes y una cinta roja al cuello, y se había peinado con esmero, sujetándose el moño con una redecilla de felpilla azul. Se quedó un instante en medio del pasillo principal, entornando los ojos como si buscara; cuando vio a Gervaise, se acercó para pasar muy cerca de ella, tiesa, insolente, contoneando las caderas, y se colocó en la misma fila, cinco tinas más allá.

—¡Menudo capricho! —seguía diciendo la señora Boche, bajando la voz—. Nunca enjabona un par de mangas... ¡Valiente gandula está hecha, se lo digo yo! ¡Una costurera que ni siquiera se recose las botinas! ¡Igualita que su hermana, la bruñidora, esa bribona de Adèle, que falta al taller dos días de cada tres! Nadie les conoce ni padre ni madre, ni se sabe de qué viven, y si alguien quisiera hablar... ¿Qué está frotando ahí? ¿Eh? ¿Unas enaguas? ¡Pues bien cochinas están, habrán visto de todo, las dichosas enaguas!

La señora Boche, a todas luces, quería darle gusto a Gervaise. Lo cierto era que solía tomar el café con Adèle y Virginie, cuando las chiquillas tenían dinero. Gervaise no contestaba, se daba prisa, con las manos febriles. Acababa de preparar el azulete en una tina pequeña con tres patas. Remojaba las prendas blancas, las removía un momento en el fondo del agua teñida, cuyo reflejo adoptaba un toque de laca; luego, después de retorcerlas un poco, las colocaba alineadas en las barras de madera, arriba. Mientras realizaba esta tarea, le daba la espalda ostensiblemente a Virginie. Pero oía las risitas burlonas y notaba las miradas que le lanzaba de soslayo. Diríase que Virginie no había ido sino para provocarla. Un instante en que Gervaise se dio la vuelta, se quedaron mirándose, fijamente.

—No le haga ni caso —murmuró la señora Boche—. Tampoco van a agarrarse del moño... ¡Si ya le digo que no ha pasado nada! ¡No es ella, mujer!

En ese momento, según colgaba la joven la última prenda, sonaron risas en la puerta del lavadero.

—¡Dos niños que preguntan por su madre! —gritó Charles.

Todas las mujeres se inclinaron. Gervaise reconoció a Claude y Étienne. En cuanto la vieron, echaron a correr hacia ella, cruzando los charcos, golpeando las losas con los talones de los zapatos sin atar. Claude, el mayor, le daba la mano a su hermanito. A su paso, las lavanderas soltaban grititos enternecidos al verlos sonreír aun estando algo asustados. Se quedaron ahí plantados, delante de su madre, sin soltarse, alzando aquellas cabecitas rubias.

—¿Os manda papá? —preguntó Gervaise.

Pero al agacharse para atarle a Étienne los cordones de los zapatos, vio que Claude balanceaba en el dedo la llave del cuarto, con su número de cobre.

—¡Anda! ¡Me traes la llave! —dijo muy sorprendida—. ¿Y eso por qué?

El niño, al ver la llave que se le había olvidado que llevaba en el dedo, pareció acordarse y gritó con su voz limpia:

—Papá se ha marchado.

—Ha ido a buscar el almuerzo. ¿Os ha dicho que vengáis aquí a buscarme?

Claude miró a su hermano y titubeó, pues no sabía más. Y luego soltó de carrerilla:

—Papá se ha marchado... Se tiró de la cama, metió todas las cosas en el baúl y bajó el baúl a un coche... Se ha marchado.

Gervaise, acuclillada, se incorporó despacio, con la cara blanca, llevándose las manos a las mejillas y a las sienes, como si oyera que se le rajaba la cabeza. Y tan solo se le ocurrió una cosa que decir, repitiéndola veinte veces en el mismo tono:

—¡Ay, Dios mío!... ¡Ay, Dios mío!... ¡Ay, Dios mío!...

Mientras tanto, la señora Boche, a su vez, le hacía preguntas al niño, de lo más animada por encontrarse metida en esa historia.

—Vamos a ver, hijito, hay que contar las cosas... Fue él quien cerró la puerta y os dijo que traierais la llave, ¿verdad? —Y, bajando la voz, al oído de Claude—: ¿Iba alguna señora en el coche?

El niño volvió a turbarse. Contó otra vez la historia, con expresión triunfante:

—Se tiró de la cama, metió todas las cosas en el baúl y se marchó.

Como la señora Boche lo dejaba ir, llevó a su hermano hasta el grifo. Los dos se entretuvieron haciendo correr el agua.

Gervaise no podía llorar. Se ahogaba, apoyada de espaldas contra la tina y el rostro aún entre las manos. La sacudían breves escalofríos. A ratos, se le escapaba un prolongado suspiro, mientras se hundía más los puños en los ojos, como para anonadarse en la oscuridad de su abandono. Sentía como si estuviera cayéndose al fondo de un agujero de tinieblas.

—¡Vamos, niña, qué diantre! —susurraba la señora Boche.

—¡Si usted supiera! ¡Si usted supiera! Esta mañana me mandó ir a empeñar mi chal y mis camisas para pagar ese coche...

Y lloró. El recuerdo de la visita al monte de piedad, que concretaba un hecho de la mañana, le había arrancado los sollozos que tenía atascados en la garganta.

Esa visita le resultaba abominable, era lo que más le dolía en su desesperación. Las lágrimas le corrían por la barbilla que las manos ya habían mojado, sin que se le ocurriese siquiera usar el pañuelo.

—Sea razonable, cállese, la están mirando —repetía la señora Boche, que la rondaba muy solícita—. ¡Cómo puede alguien disgustarse tanto por un hombre!... Pobrecita mía, seguía queriéndolo, ¿eh? Y eso que hace un rato estaba rabiosa con él. Y ahora aquí está llorándolo, que da pena verla... ¡Dios mío, pero qué tontas somos!

Luego se puso maternal.

—¡Una mujercita tan linda como usted!... ¡Que parece mentira!... Ahora sí que se lo puedo contar todo, ¿no? Fíjese que cuando pasé por debajo de su ventana, ¿recuerda?, ya me olía algo... Resulta que esta noche, cuando Adèle volvió a casa, oí los pasos de un hombre además de los suyos. Así que quise saber más y miré en la escalera. El individuo ya estaba por el segundo piso, pero pude reconocer la

levita del señor Lantier. Boche, que estaba haciendo la ronda, esta mañana lo vio bajar tan campante... Fue con Adèle, ¿me oye? Virginie ahora tiene un caballero a cuya casa va dos veces por semana. Tampoco es que esté muy clara la cosa, porque no tienen más que una habitación y una alcoba, y no se me ocurre dónde habrá dormido Virginie.

Se interrumpió un instante para darse la vuelta y prosiguió con su vozarrón ahogado:

—Se está riendo de verla llorar a usted, la muy desalmada. Apuesto lo que sea a que lo de venir a lavar es una farsa. Ha despachado a los otros dos en el coche y ha venido aquí para contarles qué cara ponía usted.

Gervaise apartó las manos. Cuando vio a Virginie, entre otras tres o cuatro mujeres, cuchicheando y mirándola abiertamente, enloqueció de ira. Con los brazos hacia delante, buscando por el suelo, girando sobre sí misma y con todos los miembros temblándole, dio unos pasos, encontró un cubo lleno, lo agarró a dos manos y lo vació de una tirada.

—¡Serás desgraciada! —gritó la espingarda de Virginie.

Había saltado hacia atrás y solo se le habían mojado las botinas. Mientras, todo el lavadero, al que las lágrimas de la joven tenían revolucionado desde hacía un rato, se atropellaba para ver la batalla. Algunas lavanderas, que estaban acabándose el pan, se subieron a las tinas. Otras acudieron prestas, con las manos llenas de jabón. Se formó un corrillo.

—¡Qué desgraciada! —repetía Virginie—. ¿Qué bicho le ha picado a esa fiera?

Gervaise, parada en seco, con la barbilla tendida y la cara convulsa, no contestaba, al no tener aún el desparpajo parisino. La otra continuó:

—¡Vete por ahí! Si ya no puede más de andar rodando por provincias, que no había cumplido los doce y ya les servía de jergón a los soldados, se dejó una pierna en su tierra... La pierna que se le cayó de tan podrida...

contado tu Lantier. ¡Huy, hay que oír lo que cuenta, estaba harto de tus huesos!

—¡Guarra! ¡Guarra! ¡Guarra! —vociferó Gervaise, fuera de sí, temblando otra vez de ira.

Se dio la vuelta y buscó de nuevo por el suelo; como solo encontró la tina pequeña, la agarró por las patas y lanzó el agua con azulete a la cara de Virginie.

—¡Perra! ¡Me ha echado a perder el vestido! —gritó esta, que tenía un hombro empapado y la mano derecha teñida de azul—. ¡Ahora verás, perdida!

A su vez, agarró un cubo y se lo vació encima a la joven. Entonces comenzó una tremenda batalla. Ambas corrían bordeando las tinas, arrebatando cubos llenos para regresar a tirárselos a la cabeza. Cada diluvio lo acompañaban de grandes voces. Ahora incluso Gervaise respondía:

—¡Toma, escoria!... Chúpate esa, a ver si te calma el escozor.

—¡Ah, la muy cerda! Toma esto para la mugre. A ver si te lavas por una vez en la vida.

—¡Sí, sí, a ti te voy a desalar yo, so mojama!

—¡Ahí va otro!... Enjuégate los dientes, arréglate para montar guardia esta noche, en la esquina de la calle Belhomme.

Acabaron llenando los cubos en los grifos. Y mientras esperaban a que estuvieran llenos, seguían poniéndose verdes. Los primeros cubos, mal lanzados, apenas las tocaban. Pero no tardaron en aprender a baldearse. Virginie fue la primera que recibió en plena cara; el agua, al meterse por el cuello, se le escurrió por la espalda y el pecho, empapándola debajo del vestido. Todavía estaba aturdida cuando le llegó otro al bies, arreándole un bofetón en la oreja izquierda y calándole el moño, que se desenroscó como un cordel. Gervaise primero recibió en las piernas; el cubo le encharcó los zapatos y la salpicó hasta los muslos; otros dos le anegaron las caderas. De hecho, pronto resultó imposible saber dónde recibían. Estaban una y otra caladas de arriba abajo, con el corpiño aplastado contra los hombros,

la falda pegada a la rabadilla, enflaquecidas, tiesas, tiritando, goteando por todas partes como paraguas en plena tormenta.

—¡Pero qué chuscas están! —dijo la voz ronca de una lavandera.

El lavadero se estaba divirtiendo de lo lindo. Todo el mundo se había apartado para no recibir salpicaduras. Aplausos y bromas se elevaban entre el ruido de esclusa del baldeo. Por el suelo rebosaban los charcos, las dos mujeres chapoteaban dentro hasta los tobillos. Entonces Virginie, actuando a traición, se apoderó de pronto de un cubo de agua de colada hirviendo que una de sus vecinas había dejado allí y lo lanzó. Hubo un grito. Todo el mundo pensó que había abrasado a Gervaise. Pero solo se había quemado un poco el pie izquierdo. Y, con todas sus fuerzas, exasperada de dolor, esta vez sin llenarlo, arrojó el cubo contra las piernas de Virginie, que cayó al suelo.

Todas las lavanderas hablaban a la vez.

—¡Le ha roto una pata!

—¡Es que la otra casi la cuece viva, caramba!

—Ha hecho bien la rubia, ¡que le han quitado a su hombre!

La señora Boche alzaba los brazos al cielo, vociferando. Prudentemente, se había apartado entre dos tinas; y los niños, Claude y Étienne, llorando y atragantándose, aterrorizados, se le colgaban de las faldas sin dejar de gritar una palabra, «¡Mamá! ¡Mamá!», que se quebraba entre sollozos. Cuando vio a Virginie tirada en el suelo, acudió corriendo a tirarle a Gervaise de las faldas, diciendo una y otra vez:

—¡Vamos, déjelo ya! Sea razonable... De verdad que se me abren las carnes, jamás se ha visto semejante degollina.

Pero retrocedió y volvió a refugiarse entre las dos tinas con los niños. Virginie se acababa de lanzar al cuello de Gervaise. Se lo apretaba, tratando de estrangularla. Entonces esta última, con una violenta sacudida, se zafó y se colgó a su vez de la cola del moño, como si quisiera arrancarle la cabeza. La batalla se reanudó, muda, sin un solo grito, sin un insulto. Las mujeres no luchaban cuerpo a cuerpo, se atacaban la cara, con las manos abiertas como garras, pellizcando

y arañando lo que pillaban. De un tirón, la espingarda morena se quedó sin la cinta roja y la redecilla de felpilla azul; el corpiño, que se le había desgarrado en el cuello, le dejó al descubierto la piel, un buen pedazo del hombro; mientras que la rubia, desvestida, con una manga de la camisola blanca quitada sin saber cómo, tenía un siete en la camisa que le dejaba al aire el pliegue de la cintura. Los jirones de tela salían volando. La primera sangre fue la de Gervaise, tres largos arañazos desde la boca hasta debajo de la barbilla; y se protegía los ojos, los cerraba con cada bofetón, por miedo a que la dejara tuerta. Virginie aún no sangraba. Gervaise le apuntaba a las orejas, se enfurecía por alcanzarlas, hasta que por fin agarró uno de los pendientes, una pera de vidrio amarillo; tiró, desgarró el lóbulo; corrió la sangre.

—¡Se están matando! ¡Hay que separar a esas bestias! —dijeron varias voces.

Las lavanderas se habían acercado. Se formaron dos bandos: unas azuzaban a las dos mujeres como a dos perras que se peleaban; las otras, más impresionables, temblorosas, volvían la cabeza, ya tenían bastante, repetían que les iba a dar algo, seguro. Y a punto estuvo de comenzar una batalla general; unas a otras se tachaban de desalmadas, de haraganas; se estiraban brazos desnudos; resonaron tres bofetadas.

Mientras, la señora Boche buscaba al mozo del lavadero.

—¡Charles! ¡Charles!... ¿Dónde se ha metido?

Lo encontró en primera fila, mirando, con los brazos cruzados. Era un mocetón con el cuello enorme. Se reía y disfrutaba de los retazos de piel que enseñaban las dos mujeres. La rubia menuda estaba entradita en carnes. Tendría gracia que se le rasgara la camisa.

—¡Anda! —murmuró guiñando un ojo—, tiene un antojo debajo del brazo.

—¡Pero bueno! ¡Está usted aquí! —gritó la señora Boche al verlo—. ¡Ayúdenos a separarlas, hombre!... ¡Usted sí que puede separarlas!

—¡De eso nada, gracias! ¡Si solo estoy yo! —dijo tan tranquilo—. Para que me arreen en el ojo, como el otro día, ¿no?... No estoy aquí para eso, tendría demasiado que hacer... ¡No hay de qué asustarse, mujer! No les viene mal que las sangren un poco. Las vuelve más tiernas.

La portera habló entonces de avisar a los guardias. Pero la dueña del lavadero, la joven delicada con los ojos enfermos, se negó rotundamente. Repitió varias veces:

—No, no, no quiero hacerlo, le crea mala fama al local.

En el suelo, la pelea continuaba. De pronto, Virginie se irguió de rodillas. Blandía una paleta que acababa de recoger. Bramaba con una voz que parecía distinta:

—¡Espera, que vas a cobrar! ¡Prepara la ropa sucia!

Gervaise alargó la mano con presteza, agarró otra paleta y la mantuvo en alto como una maza.

—¡Ah, así que quieres lavar a fondo!... ¡Tráeme tu pellejo, que voy a hacer trapos con él!

Se quedaron allí un instante, de rodillas, amenazándose. Con el pelo en la cara, el pecho jadeante, embarradas e hinchadas, se acechaban, esperando y recuperando el aliento. Gervaise dio el primer golpe; su paleta resbaló en el hombro de Virginie. Se echó a un lado para esquivar la paleta de esta, que le rozó la cadera. Entonces, ya lanzadas, se golpearon como las lavanderas golpean la ropa, contundente y rítmicamente. Cuando se tocaban, el golpe sonaba amortiguado, como una palmada en un cubo de agua.

En torno suyo las lavanderas ya no se reían; algunas se habían marchado, diciendo que se les revolvían las tripas; las demás, las que se habían quedado, estiraban el cuello mientras en los ojos les brillaba un resplandor cruel y opinaban que esas chicarronas eran tremendas. La señora Boche se había llevado a Claude y a Étienne, y desde el otro extremo llegaba el clamor de sus sollozos mezclados con el sonoro golpeteo de las dos paletas.

Pero, de repente, Gervaise chilló. Virginie acaba de darle de lleno en el brazo desnudo, por encima del codo; apareció una roncha

roja y enseguida se inflamó la carne. Entonces embistió a Virginie. Todas creyeron que iba a descalabrarla.

—¡Basta, basta! —gritaban.

Tenía una cara tan terrible que nadie se atrevió a acercarse. Con redoblada fuerza, agarró a Virginie por la cintura, se la dobló y le pegó la cara contra las losas, con la rabadilla para arriba; a pesar de las sacudidas, le levantó las faldas completamente. Virginie llevaba debajo un pantalón. Gervaise metió la mano por la abertura, se lo arrancó y le dejó todo al aire, los muslos desnudos, las nalgas desnudas. A continuación, alzando la paleta, empezó a golpearla, igual que golpeaba antes en Plassans, a orillas del Viorne, cuando su maestra lavaba la ropa del cuartel. La madera chocaba contra las carnes con un ruido mojado. A cada golpe, una banda roja veteaba la piel blanca.

—¡Oh! ¡Oh! —murmuraba Charles, el mozo, maravillado, con los ojos muy abiertos.

De nuevo cundieron las risas. Pero no tardaron en volver a gritar «¡Basta! ¡Basta!». Gervaise no lo oía ni tampoco se cansaba. Estaba pendiente de su faena, echada hacia delante, preocupada por que no quedara ni un trozo seco. Quería dejar toda esa piel golpeada, cubierta de confusión. Parloteaba, presa de una alegría feroz, recordando una canción de lavanderas:

—¡Pam, pam! Margot en el río... ¡Pam, pam! Lava con paleta... ¡Pam, pam! Su corazoncito... ¡Pam, pam! Negro de tristeza...

Y seguía:

—Este para ti, este para tu hermana, este para Lantier... Cuando los veas, se los das... ¡Cuidado, vuelta a empezar! Este para ti, este para tu hermana, este para Lantier... ¡Pam, pam! Margot en el río... ¡Pam, pam! Lava con paleta...

Tuvieron que arrancarle a Virginie de las manos. La mocetona morena, con la cara llena de lágrimas, congestionada, recogió su ropa y salió huyendo; estaba derrotada. Entre tanto Gervaise volvía a ponerse la manga de la camisola y a atarse las faldas. Como le dolía el

brazo, le pidió a la señora Boche que le colocara la ropa lavada en el hombro. La portera narraba la batalla, contaba sus emociones y hablaba de examinarle el cuerpo, por si acaso.

—Podría tener algo roto... He oído un golpe...

Pero la joven quería marcharse. No contestaba a las condolencias ni a la ovación locuaz de las lavanderas que la rodeaban, muy tiesas con sus delantales. Cuando tuvo la ropa cargada, se fue a la puerta, donde la estaban esperando los niños.

—Por dos horas son diez céntimos —le dijo, parándola, la dueña del lavadero, que había vuelto al despacho acristalado.

Diez céntimos, ¿por qué? Gervaise ya no entendía que le estaba pidiendo el importe de su plaza. Al final pagó los diez céntimos. Cojeando mucho bajo el peso de la ropa mojada que le colgaba del hombro, chorreando, con el codo amoratado y la mejilla ensangrentada, se marchó, llevando a rastras con los brazos desnudos a Étienne y a Claude, que correteaban a su lado, aún alterados y churretosos por haber llorado.

Tras ella, el lavadero reanudaba su enorme sonido de esclusa. Las lavanderas se habían comido el pan y bebido el vino, y golpeaban ahora más fuerte, con el rostro encendido, animadas por la refriega entre Gervaise y Virginie. A lo largo de la tinas volvía a agitarse un frenesí de brazos, perfiles angulosos de marionetas con el espinazo quebrado, los hombros torcidos, doblándose forzadamente como si tuvieran bisagras. Las conversaciones seguían de un extremo a otro de los pasillos. Las voces, las risas, las palabras gruesas se mezclaban con el atronador borboteo del agua. Los grifos escupían, los cubos baldeaban, un río corría por debajo de los golpeaderos. Era la tunda de después de comer, la ropa azotada a paletazos. En la sala inmensa, los humos se volvían rojizos y solo los atravesaban redondeles de sol, balas de oro que pasaban a través de los desgarrones de los toldos. Se respiraba allí el sofoco tibio de los olores jabonosos. De pronto, llenó la nave un vaho blanco; la tapa enorme de la caldera donde hervía la colada subía mecánicamente por una barra central de

cremallera; el hueco abierto del cobre, al fondo de la estructura de ladrillo, exhalaba torbellinos de vapor que tenían el sabor dulce de la potasa. Mientras, a su lado, funcionaban los enjugadores; los líos de ropa, dentro de los cilindros de hierro colado, soltaban el agua al girar la rueda de la máquina, jadeante y humeante, que sacudía aún con mayor brío al lavadero con el continuo trajín de sus brazos de acero.

Según puso el pie en el pasadizo de entrada al hotel Boncœur, a Gervaise le volvieron las lágrimas. Era un pasadizo oscuro y estrecho, con un arroyo al pie de la pared para el agua sucia; al notar de nuevo ese hedor, pensaba en los quince días que había pasado allí con Lantier, quince días de miseria y peleas, cuyo recuerdo era ahora una añoranza dolorosa. Le parecía estar entrando en su abandono.

Arriba, el cuarto estaba desnudo, lleno de sol, con la ventana abierta. Con ese raudal de sol y esa capa de polvo dorado y danzante, el techo negro y el papel arrancado de las paredes daban lástima. Solo quedaba, en un clavo de la chimenea, una pañoleta pequeña de mujer, retorcida como un cordel. La cama de los niños estaba corrida en medio de la habitación dejando expedita la cómoda, cuyos cajones habían quedado abiertos y mostraban el interior vacío. Lantier se había lavado y había usado toda la pomada, diez céntimos de pomada en un naipe; el agua grasienta de sus manos llenaba la palangana. No se había dejado nada: en el rincón que hasta entonces ocupaba el baúl, a Gervaise le parecía que había un hueco inmenso. Ni siquiera encontró el espejito redondo que colgaba de la falleba. Entonces, tuvo una corazonada y miró encima de la chimenea: Lantier se había llevado las papeletas, el fajo rosa pálido ya no estaba allí, entre los candeleros de cinc desaparejados.

Gervaise colgó la ropa lavada en el respaldo de una silla y se quedó de pie, dando vueltas, examinando los muebles, tan estupefacta que ya no le corrían las lágrimas. Le quedaban cinco céntimos de los veinte que había guardado para el lavadero. Entonces, al oír

en la ventana la risa de Étienne y Claude, que ya se habían consolado, se acercó, les pasó los brazos por encima de la cabeza y se olvidó de todo por un instante, delante de la calzada gris donde por la mañana había visto despertarse al pueblo obrero, el trabajo gigantesco de París. A esa hora, la calle, al calor de las tareas del día, encendía una reverberación ardiente por encima de la ciudad, detrás del muro. A esa calle, con ese calor de horno, era adonde la arrojaban con los niños; con la mirada abarcó los bulevares exteriores, a derecha e izquierda, deteniéndose en ambos extremos, presa de un espanto sordo, como si la vida, en adelante, fuera a caber ahí, entre un matadero y un hospital.